

U N A D A M A D E P R O V I N C I A S

Madrid, Octubre 1958

La partida de dominó hacía dos horas que había empezado en el cuarto de doña Carmen. Además de la dueña de la casa, se encontraban allí don José, el cura de la parroquia de San Esteban, don Juan, el viejo médico de cabecera de la familia Rodríguez y don Teódulo, el juez municipal de Laverna. Con la dueña de la casa, señora viuda de Rodríguez, componían el cuarteto sentado alrededor de la gran mesa del centro de la habitación.

- Paso - dijo doña Carmen.

- Seis doble por aquí - le tocó a don José.

- ¡Vaya! Me ha estropeado usted la combinación - don Juan retiró la ficha que tenía preparada - Paso.

- Yo paso también - dijo el siguiente.

Durante un buen rato sólo se oyeron en la habitación las voces habituales del juego. Doña Carmen, distrayéndose un momento, observó el día a través de los cristales del balcón. Se manifestaba agrio y crudo, pues era últimos de invierno. Soplaban un ventarrón desagradable que hacía que de vez en cuando una hoja seca se arremolinara en torno a los barrotes del balcón, pugnando por entrar. Debajo de la mesa que ocupaban los jugadores había un buen brasero que junto al grueso mantel que llegaba hasta el suelo, permitía que no se helasen los pies de los allí reunidos, proporcionándoles un grato confort.

- Paso.

- Paso.

- Última ficha. Cerrado.

Don José y doña Carmen habían ganado la partida.

- ¡Vaya pareja! ¡Qué suerte! - comentó don Juan - Cuando se juntan, son invencibles.

Don José tuvo una breve risita. Encendiendo un cigarro, se dispuso a levantarse. Mientras se abrochaba un botón suelto de la sotana, comentó mirando a la calle:

- ¡Vaya tiempecito! ¡Qué poco me gustan estos días!

Don Juan, el médico viejo y barbudito, sonrió tras las gafas:

- No lo dirá usted por el negocio que se trae entre manos. ¡Caramba con don José! Dos bodas y tres bautizos en cinco días. El cepillito de las limosnas no, no andará muy quejoso que digamos.

- ¡Ay, don Juan! - replicó el cura - No se crea usted que todo el monte es orégano. ¡hay cada difunto! Les da por vivir tan lejos que a uno se le acaba la paciencia. Anda que te andarás, que si confesar, que si comulgar, que si el Viático... ¡qué sé yo! No gana uno ni para zapatos.

- Si no supiera que habla usted en broma - aseguró don Teódulo - palabra de honor que lo acogotaba. ¡Hábrase visto! Es usted un cura maldito o un ateote escandido bajo una casulla...

El cura se echó a reír. De pie junto al balcón no hacía mucho caso

- ¡Qué barbaridad, señores! - intervino doña Carmen - Usted, don José, con sus feligreses, usted don Teódulo con sus juicios y usted, don Juan, con sus enfermos, están siempre tirándose y yo temo que esto vaya a terminar un día en batalla campal.

- Hay que esponjarse, amigos - repuso el cura - Doña Carmen nos supone poco menos que unos caballeros de la Tabla Redonda. Pero nada, no hay que preocuparse. Aunque usted tampoco habla en serio, señora mía. Somos unos muchachos pacíficos y no damos guerra. Y la ciudad - señaló la muerta calle - tampoco es muy movida que digamos. No se mete en laberintos. Por mi parte, todavía no he confesado aquí ningún asesino, y no quiero morirme sin ver a un alma de Dios de esas... ¡Son tan interesantes! Rondana, el último pueblo donde estuve de párroco, tenía cada elemento... La verdad, daba gusto...

- En esto tiene usted razón - aseveró don Juan, con expresivos movimientos de cabeza - Yo también tengo ganas de ver algo bueno de verdad. En treinta años de profesión sólo me he topado con catarros, pulmonías y alguna que otra insignificante tuberculosis. Ningún delito de sangre, ni siquiera un buen intento de homicidio. ¡Líbreme Dios

de desear la muerte de nadie! !Pero esta vida de Laverna es tan aburrida! Yo, con mis enfermos, alguna que otra vez al cine y... poco más. Bien es verdad que el año de la gripe se murieron algunos, pero resultaba aquello tan dolorosamente monótono...

- Pues yo creo - intervino el juez - que nuestras profesiones están algo ligadas. Si usted, don Juan, hubiese curado alguna presunta víctima de delito de sangre, usted, don José, la hubiera confesado y yo hubiera juzgado al asesino. Habría sido algo verdaderamente sensacional.

- Sí, sí, amigo don Teódulo - apuntó don José, remetiéndose la bufanda ya junto a la puerta, antes de salir de la caldeada habitación - usted siempre con su enorme imaginación. Que Dios se la conserve. Abur, señores. Voy a tomarme un pisco y a meterme en la cama a sudar este resfriadillo que ahora se empieza.

- ¿Quiere que le recete algo? - preguntó el médico.

El cura abrió mucho los ojos, simulando un cómico horror.

- !Por Dios, don Juan, que ya nos conocemos! Hasta mañana, señores. No se moleste, doña Carmen - añadió al ver que ella se disponía a acompañarle - Conozco bien el camino. Son ya muchos años.

La puerta se cerró tras él. La dueña de la casa encendió la luz. Gruesos nubarrones oscuros habían entoldado el día, sustituyendo a las ligeras nubezuelas de la mañana. Un cartero atravesó la calle con paso rápido, enfundado en gabardina negra. La castañera de la esquina se calentó las manos junto al rescaldo, suspirando por la ausencia de clientes. Árboles desnudos llenaban de tristeza el ambiente friolento.

Doña Carmen volvió la cabeza, lanzando un ligero suspiro. Don Teódulo jugó con las fichas del dominó. Don Juan luchó por salir del general mutismo.

- ¿Cómo va su hígado, doña Carmen?

La dueña de la casa pareció despertar de lejanos pensamientos.

- Tengo un dolorcillo que nunca me deja - contestó - Algunas veces sobre todo después de las comidas o cuando bebo algo de alcohol, me duele más, bastante más.

- Siga usted el régimen que le he dicho y...

- No sé... Ya sabe usted que lo he seguido durante tres meses y que continuo lo mismo.

- Persista, doña Carmen, persista. La constancia en la vida es todo.

Ella hizo un gesto de cansancio, encogiéndose ligeramente de hombros.

- ¡Bah! ¿Y para qué vivir una? Después de la muerte de Fidel ¿qué me quedaba por hacer? No tengo hijos ni familia que me duela. ¿Para qué me sirve el dinero? Tengo ya sesenta años y poca salud.

- El dinero no hace la felicidad - aseguró don Teódulo -, como se ha dicho siempre. Pero ¡qué duda cabe! Ayuda, ya lo creo que ayuda...

- ¿A mí? ¿Qué me pueden hacer a mí los miles de duros que tanto le costó ganar a Fidel? Tengo pocas necesidades. Para mí y para Claudina, con la décima parte de renta tendríamos más que suficiente.

- Sí, es cierto. Pero... ¡quién sabe lo que puede pasar! Donde menos se piensa salta la liebre. A veces Dios conduce por extraños senderos.

- Usted siempre tan imaginativo, don Teódulo - sonrió ella - Primero un asesino a quien juzgar, después un extraño sendero que conduzca a la felicidad a una vieja como yo... Además, usa usted unas frases... ¡Qué bien le encajarían al bueno de don José! Dios, extraños senderos... Yo creo que han equivocado ustedes la profesión. ¿No le parece?

Don Teódulo rió ligeramente, algo avergonzado. Don Juan, pensativo hasta entonces, dijo:

- Bueno ¿y por qué no va usted a Madrid a ver un buen especialista? Yo creo que el tiempo que nos quede, mientras mejor se viva...

Doña Carmen frunció el ceño, reflexionando unos momentos. Luego,

su rostro se animó.

- Tiene usted razón. Y puede ser mañana mismo. ¿Por qué no? Mañana mismo diré a Claudina que prepare el equipaje y nos llegamos a Madrid. Total, son cinco horas de viaje.

- Es lo mejor - aseguró el médico, levantándose - Un buen especialista puede hacer milagros. Anímese, cúrese y verá la vida con ojos distintos.

- Y procure tener alguna aventurilla - bromeó el juez - Cuando tenga noventa años tendrá cosas que contar. Yo, es lo que siento, las pocas cosas que me han pasado.

Doña Carmen se echó a reír, forzada.

- Pero usted tiene imaginación, don Teódulo. Si fuera novelista, de un simple ladrón de patatas haría un magnífico asesino. O un bandido generoso. Cualquiera cosa se le podría pedir.

Los dos rieron a su vez.

- ¡Quién sabe, quién sabe! - comentó el juez, colocándose el abrigo - Nunca es tarde si la dicha es buena.

Se aproximó a la puerta, siguiéndole el médico.

- Hasta mañana, doña Carmen.

La vieja señora denegó con la cabeza. Sus ojos sonrieron detrás de las gafas.

- Hasta mañana no. Mañana me pertenece a mí. Hace tiempo que no piso la capital, mucho tiempo - Sus ojos tuvieron nostalgia - Hasta la vuelta, amigos, no sé cuando volveré.

Don Teódulo se echó a reír.

- Así me gusta. No hay nada tan estupendo como ignorar el mañana. Hasta la vuelta, doña Carmen. A pasarlo bien.

Don Juan, el barbudito médico de tantos años, especie de Menéndez Pidal de provincias, miró con gravedad a su cliente.

- Cúidese, doña Carmen. Y vea a un buen médico. De fama. Déjese de mediquillos de universidad.

Ella le estrechó la mano con efusión.

- Así lo haré, amigo mío, descuide. Mañana en misa diré adiós a don José.

- Hasta la vuelta, entonces.

- Adiós, hasta la vuelta. Ni que fuera al otro mundo... !Vaya!

Don Teódulo se quedó pensativo un momento. Luego se echó a reír. Había en su risa una amarga melancolía.

- Efectivamente, es el otro mundo...

- - - - -

Doña Carmen ^{Fernández} ~~Rodríguez~~ Jiménez, viuda de ^{Rodríguez} ~~Rodríguez~~, había pasado buena parte de su vida en Laverna, la vieja, aburrida y solemne ciudad provinciana. Llegó allí con veintinueve años, a raíz de su matrimonio con ^{don} Fidel ^{Rodríguez} ~~Rodríguez~~, entonces un cuarentón recién nombrado juez municipal de la cabeza de partido. Ella era de Almería, hija de un fabricante de vinos que pasándolas muy reventadas a causa de la guerra, no halló mejor solución a sus quebraderos de cabeza que ciscársela de un tiro y dejar a la hija con un porrón de deudas que no se hubiera saltado un ministro de Hacienda. En la reunión de acreedores que se celebró a la muerte de don Rafael a fin de solventar amigablemente el pleito pendiente, conoció Carmen al que luego había de ser su marido. Don Fidel era un vasco tenaz que logró sacar a flote algunos restos de la fortuna del quebrado. Cuando todo se hubo hecho, la muchacha se encontró con algunos duros con los que aguantar cierto tiempo antes de encontrar una colocación digna de una hija de familia.

Enfrentándose con la jauría de acreedores, habían realizado los dos cierta amistad y cuando un buen día el abogado le espetó a bocajarro que su solución podía ser el matrimonio, la muchacha, boquiabierta - era una época en la que aun no se habían espabilado las hijas de familia -, considerando su situación y sintiendo cierto afecto por

aquel hombrón serio de franca palabra, aceptó la propuesta. El rápido casamiento de la hija de ~~Andrés~~^{Fernández} el quebrado - así la motejaban en la ciudad - con el marrullero de don Fidel - por tal le tenían - ocasionó una regular andanada de comentarios. Marrullero y todo, más de una le había filado con fines de vicaría.

El matrimonio se vino a instalar en la calle Sierpes en un piso amueblado, pues don Fidel no pensaba ya hacer muchos años en Almería. La casa que habían habitado los ~~Andrés~~^{Fernández}, propiedad, había salido también andando con la cuestión de la quiebra.

En efecto, a los cinco meses, fué el matrimonio a pasar una temporada a Madrid. Se instalaron en un excelente hotel de una calle céntrica y don Fidel preparó su artillería en toda regla para librar la batalla burocrática. Al cabo de un mes, conoció el resultado. El ministerio correspondiente había acordado el nombramiento de don Fidel ~~Rodríguez~~^{Rodríguez} para el cargo de juez municipal de Laverna. El tozudo vasco se disponía a iniciar una buena carrera.

Pero el hombre propone y Dios dispone. El matrimonio se instaló en la nueva ciudad en un buen piso de la calle Fate, una calle tranquila y recoleta que el flamante juez pensaba cambiar bien pronto por otra más céntrica de ciudad grande, ya en plan capitalicio.

Pero don Fidel, de rancia cepa conservadora, tuvo la mala suerte de encontrarse en uno de sus frecuentes viajes a Madrid enzarzado dentro de un vendaval de republicanismo, que él no acertó a capear del todo, a pesar de su habilidad. El vasco quiso salvar el brete a fuerza de coraje, plantando cara a las circunstancias con cierta astuta gallardía y no hizo sino empeorar la situación. A los pocos días, tras la visita a un diputado amigo, que le desengañó totalmente acerca de su posición dentro del partido, don Fidel cogió las maletas y se volvió a provincias.

Doña Carmen acogió con pesar al vencido, tratando de animarle, pero don Fidel, a pesar de seguir ocupando su cargo, llevaba un gusa-

no por dentro. Ella también había tenido sus ilusiones de capital, pero hija de provincias al fin, no tardó en aclimatarse al tardo y pesado vivir de Laverna. No obstante, dos veces que su marido intentó volver a Madrid a hacer de nuevo armas, le animó en sus pretensiones, llegando a acompañarle en el último viaje y hasta haciendo acto de presencia en una reunión de caciquillos que se celebró en casa de uno de ellos. Pero todas las gestiones resultaron inútiles. Don Fidel continuó veinte años más de juez municipal y a los sesenta y pico abandonó oscuramente este mundo, dejando a su mujer una renta bastante saneada y una pensión muy aceptable para los tiempos que corrían. Bien es verdad que el buen señor, viendo fallidas sus ambiciones de magistralismo y politiquero, se había preocupado de acrecentar el peculio familiar, no muy boyante en los comienzos de su matrimonio. A los almerienses había extrañado matrimonio tan desventajoso en el ambicioso abogado hasta el momento de caer en la cuenta de que por aquel entonces el nombramiento de juez llevaba aparejada la condición de "encañonado", entiéndase casado. Y quizá la premura del caso con que necesitó el vasco superar su estado civil había favorecido la maledicencia de los enterados.

No habían tenido hijos, por más consultas que doña Carmen había realizado a médicos y curanderos. Habían cultivado pocos amigos, pues el carácter amargado de él y la pasiva vida de ella no eran propicios a contraer amistades, salvo las que se originaban dentro del círculo profesional y devoto. De allí habían salido las actuales partidas de dominó que ahora la viuda del juez, a diez años de la muerte de éste, jugaba con don Teódulo, el imaginativo juez sucesor, con don Juan, el médico barbudito y gafudo y con el rojizo y enclenque don José, el cura burlón de la parroquia de San Esteban.

Doña Carmen, pensativa, sentada ante la mesa abandonada por los jugadores, se entretuvo en recoger las fichas y guardarlas en la cajita de madera, viejo regalo de su marido.

Luego se levantó y apretándose ligeramente el costado, se acercó al espejo para estudiar los estragos que había hecho en ella el dolorcito que allí sentía. Su buen color de antaño se le había transformado en una seca palidez de rasgos enfermizos. Se retiró algo hacia atrás, ~~e~~ contemplándose.

Vió un cuerpo erguido, de regulares carnes, con un vestido negro con mangas hasta la muñeca. No había abandonado el luto desde la muerte de su marido. El velo sí. Le agradaba mostrar sus cabellos rizados natural y completamente blancos. Los ojos azules tenían una mirada poco animada, como si cada mañana al levantarse no esperasen ninguna sorpresa ni tuvieran ninguna razón por que iluminarse. Su boca hizo un leve gesto de desagrado. Descolorida y con una mueca de cansancio, cuando sonreía lo hacía de una manera mecánica, reflejando algo vacío en su interior. Se estiró, algo disgustada en su expresión. Llamó con la campanilla.

- ¡Claudina! - su voz le sonó blanda. Se quedó mirando a la puerta con expresión lejana. Enseguida sus ojos se animaron y su ~~expresión~~ boca se hizo firme. Llamó con más fuerza - ¡Claudina!

Unos pasos vinieron por el comedor y una voz fina, de criada de buena casa, preguntó antes de que apareciera su dueña:

- ¿Qué me manda la señora?

Apareció Claudina, de edad aproximada a su ama, pero con la espalda encorvada y uniforme negro con cofia tiesa de algodón. Tenía carácter y quería mucho a doña Carmen. Traía los ojos alarmados.

- ¿Le duele, señora? ¿Quiere que le haga algo?

- No, Claudina, estate tranquila. Es lo de siempre.

- Tiene usted que cuidarse, doña Carmen. Estos médicos son todos unos merluzos y no le aciertan.

- No hables así, Claudina. ¡Qué van a saber los pobres! ¡Qué

va a saber el pobrecito de don Juan que en su vida se ha movido de aquí?

- ¡Claro, claro! - refunfuñó la criada, mientras limpiaba los ceniceros y colocaba las sillas en su sitio - Ellos dan cuatro recetitas y sanseacabó. Se dan muchas campanillas, mucho bombo y somanta y luego se le mueren los enfermos a puñados. Usted, doña Carmen, tiene que ver a un médico de los fetén.

Doña Carmen sonreía. Se había sentado en una silla con expresión cansada, tocándose el costado.

- Sí, me duele aquí. De eso trato, Claudina.

La fámula se le quedó delante, en jarras.

- Sí, no me mires así. Madrid está cerca y en poco tiempo llegamos. Quiero que me vea un especialista.

- Un hombre que entienda. Eso es lo que hace falta.

-Este entiende. Es don Cristóbal Bermúdez, de la calle de las Reparadoras. Hace unos años se oía hablar mucho de él. No lo conozco, pero estaba muy bien considerado.

- Bien, señora - repuso Claudina, alegrándosele el rostro - A mí también me gusta mudar de aire, aunque sólo sea por un día y más si es por su bien. De camino podré ver a mi hermana, que hace cinco años que no la veo. Vive allí cerca, en la calle del Pez. Es la portera del 13.

- Como quieras, mujer. Estaremos allí el tiempo que sea necesario. Depende del médico. Creo que todo lo más, un par de días. Nos hospedaremos en el hotel Viriato, en la plaza del Angel. Estuve allí hace años y atendían bien.

- Como mande la señora. Voy a preparar las maletas. Y no esté triste ¡caramba! que nadie se muere de un dolor sin vivir antes mucho tiempo. A mí me han dicho que hay medicinas que hacen milagros.

- Quiéralo Dios, Claudina, porque yo, la verdad, no tengo grandes esperanzas. Y en verdad... ¡para qué!

- Hace mal, doña Carmen - la criada extendió sus brazos sarmentosos - Aquí donde me ve, yo también he pasado lo mío. A los pobres tan poco nos faltan penas. Cuando se me murió mi Melchor de una pasión al corazón, hace de esto diez años, a los ocho meses fué mi hija, que tenía veintidós años como veintidós soles. La pobre mía era primeriza. Tuvo un embarazo tan malo que no lo pudo resistir, la embolia acabó con ella. Ni la criatura se pudo salvar. Se le ahogó en el cuerpo. El granuja del marido anda por ahí liado con una lagarta. Pero - añadió, haciendo un gesto de resignación - ¡qué le va a hacer!

- Ya sabía todo eso, Claudina - dijo muy suave doña Carmen, con los ojos fijos en ella.

- Y yo, sin embargo - siguió la criada - a pesar de eso y de esta vida de trabajos que a cada uno nos ha tocado llevar, conservo la esperanza. Esa esperanza que usted dice que ha perdido. Si no en esta vida, detrás vendrá otra que será mejor ¿No cree usted, doña Carmen?

- Es posible, Claudina. Sobre eso no sé nada.

La doncella le miró con sorpresa, abrió la boca y estuvo a punto de decir. ^{algo} Su señora la miraba sin pestañear y ella al fin, no dijo nada.

- Prepara las maletas mañana ¿quieres? Yo telefonearé para conocer el horario de trenes.

- Sí, señora - contestó, desconcertada aun. Reponiéndose - Le pongo la cena en el comedor pequeño. Dentro de un cuarto de hora la tendrá allí.

- Enseguida voy.

La criada salió. Doña Carmen quedó pensativa. ¿Es necesario a veces decir lo que se piensa?

- - - - -

Al principio fueron solas en el departamento. Habían salido a las

cinco de la tarde del pueblo, con un tiempo bueno, pero frío. Los primeros días del marzo manchego se notaban frescos y las dos mujeres se habían provisto de buenos abrigos con que resistir la fresca temperatura. Pero ya en el tren se despojaron de ellos, quedándose a base de sus buenos jerseys de lana gorda. Doña Carmen se entretenía en mirar el paisaje o en hojear una vieja revista, mientras Claudina aprovechaba el tiempo haciendo crochet.

En Castimar subió al departamento un mocetón de bigote negro y ancho, ojos vivos y ademanes resueltos. Traía un cartapacio en la mano y tras saludar, se puso enseguida a escribir sobre él una al parecer crónica de fútbol. Las dos mujeres le oían mascullar defensa central, uve eme, la cruceta, el segundo gol. Doña Carmen dedujo que era periodista y Claudina, tras observarlo un buen cuarto de hora seguido, sacó la conclusión de que se parecía a su yerno, el que estaba liado con la lagarta en el pueblo.

Luego, en Navalonga, un poblacho de mal aspecto, subió un hombre gordo y saludable que a las primeras de cambio empezó a charlar con los tres ocupantes del departamento, contando chascarrillos algo subidos de color que pusieron en ascuas a las dos mujeres, haciendo reír a mandíbula batiente al periodista futbolero. Ya iba Claudina a meter baza, contenida hasta entonces por su señora, cuando en Alcázar, donde paró el tren largo rato, acertaron a subir al departamento dos monjas. Las dos ~~monjas~~ ancianas, negro traje, tocas enormes, cortaron como por ensalmo la vena dicharachera del fabricante de chorizos - que tal era -. Falto de tal recurso, el ~~infeliz~~ ^{tal} echó mano de una maleta chica que había puesto bajo el asiento, empezando a sacar cosas. ~~Chorizo, jamón, pan, mantequilla y frutas,~~ Chorizo, jamón, pan, mantequilla y frutas, de las que ofreció galante a sus compañeros de viaje, que se apresuraron corteses a rehusar. Pero Hernández, que así se llamaba el fabricante, no aceptó el rehusé. Primero hizo catar al periodista - que resultó un vulgar hincha confeccionador de crónicas - y que no hizo ascos ni mucho menos. Después fueron cayendo las monjas que campechanas acepta-

ron un trocito para conocer la calidad del chorizo y por último doña Carmen y Claudina, aleccionadas por su democrático ejemplo - aunque algo escandalizadas en su interior ante la osadía del choricero -, aceptaron un trocito de jamón y otro de chorizo, adobado con un buen trozo de pan. Luego, doña Carmen, animada por la conversación general y por un traguito de Valdepeñas que Hernández se empeñó en ofrecer, sacó su valija de mano y añadió al ágape queso, mortadela, pan y galletas. Realmente les vino de maravilla, pues eran ya las siete de la tarde y desde la una en que habían almorzado, ya el estómago les reclamaba lo suyo.

Ya hasta la llegada a Madrid, transcurrió el tiempo en animada charla. Doña Carmen había vencido su timidez y se atrevió a contar el motivo de su venida a la capital. Hernández se apresuró a recomendarle un médico muy bueno de la calle Jacometrezo y un hotel módico y confortable unos números más arriba. Doña Carmen, por cortesía, se apresuró a anotar las direcciones en un block. Claudina aprobó con expresivos movimientos de cabeza la sugerencia de Hernández.

A la llegada a Madrid, las dos mujeres, optimistas, se metieron en un taxi y doña Carmen, en una repentina inspiración, dió al chófer la dirección que le había dado el fabricante. Durante el trayecto no dejaron de curiosear por las ventanillas. Les sorprendió el hormiguelo de gentes, las galerías de luces de los anuncios luminosos, las llamadas rojas y verdes de los semáforos, la boca de dragón de un cine vomitando gente... Todo constituía un motivo de asombro. Aunque la viuda del juez \times no era una paleta ni mucho menos, la prolongada estancia en el pueblo, reducida a su estrecho círculo, había embotado en ella curiosidades normales y el choque con aquel animado mundo que entreveía a través de los empañados cristales, le producía asombro y placer. Claudina renovaba también sensaciones hacía tiempo sentidas, cuando su última visita a su hermana, la portera del 13 de la calle del Pez, hacía cinco años.

En el hotel les destinaron dos habitaciones contiguas del primer piso, con balconaje a la poco transitada calle. No cenaron, pues el copioso refrigerio del tren no les habría permitido tomar un solo bocado. Aquella noche doña Carmen apenas pudo dormir, no tanto por el extrañamiento de la cama como por el dolorcillo que se le había enquistado en el hígado nada más acostarse.

Amaneció cansada y deprimida. Todos los proyectos del día anterior se habían echado por tierra. Se levantó tarde, se arregló algo y ordenó le subieran el desayuno, que apenas probó a pesar de las instancias de Claudina, que era buena porfiona.

- ¡Pero, doña Carmen, tiene usted que comer! ¡Que eso no puede ser, mi señora! Comer es el remedio para irse curando.

Su ama sonreía.

- En este caso no, Claudina. Voy a llamar a casa del médico que me recomendó el fabricante, para saber las horas de consulta.

- Hágalo usted, señora, hay que ir lo antes posible. No quiero más que verla buena.

Doña Carmen llamó, concertando la entrevista para las cuatro. El molesto dolor del costado la hizo quedarse sin salir, como tenían pensado. Se entretuvo leyendo un libro, mientras la doncella, meneando la cabeza de vez en cuando y fijando la vista en su señora, se dedicó a su crochet. El almuerzo se los sirvió la camarera en la misma habitación, pues doña Carmen no tenía humor ni ganas de bajar al comedor. Apenas probó bocado y la criada, sugestionada, aunque era de buen apetito, tampoco comió gran cosa.

A las tres y pico empezaron a arreglarse para la consulta. El breve tocado de las dos no requirió mucho tiempo. La casa del doctor estaba cinco casas más abajo. Como era muy temprano, entraron en el bar-cafetería del hotel. Quedaron sorprendidas. Hacía muchos años que doña Carmen no había entrado en un establecimiento de bebidas, como decía ella. Y Claudina no recordaba la última vez siquiera. La sobria y extraña decoración de las paredes, las camareras con su ágil ir y venir enfundadas en vistosos uniformes, las mesillas simétricamente co-

locadas bajo los blancos manteles con flores rojas en el centro, el aparato de televisión entonando su mudez al fondo, todo era pura novedad. Había muy poca gente. Ellas se acomodaron en unos altos taburetes junto al mostrador. Un camarero las atendió:

- ¿Qué desean, por favor?

Doña Carmen enrojeció ligeramente al ver que era un hombre joven quien las atendía. Se reprendió a sí misma por su estupidez.

- Pues... yo... un café.

Claudina pidió también lo mismo. Para librarse de su azaramiento, doña Carmen se dedicó a observar al camarero y cuando puso las tazas sobre el mostrador le miró casi con descaro. Mientras vaciaba la crema en las tazas, el barman levantó los ojos y mirándola, tuvo en sus labios la sombra de una sonrisa. Se veía que estaba acostumbrado a estas cosas. Ella enrojeció más intensamente aun. Se quemó con el café que estaba aun hirviendo y dando prisa a Claudina con el pretexto de que era ya muy tarde, pagó rápidamente, saliendo deprisa de la cafetería. Estaba indignada aunque se guardó bien de decir una palabra. Estaba segura de que el camarero se estaría riendo a carcajadas de su torpeza y de su mirada insistente.

En la consulta el médico la atendió muy bien. Don Eduardo Marcos era un señor anciano, muy competente al parecer, aunque algo brusco en sus ademanes. Llanote o lo que se suele decir, chapado a la antigua. Hizo un estupendo reconocimiento a doña Carmen y frunció el ceño.

- Señora, tiene usted una inflamación bastante considerable que tiene que rebajar como sea, cuidándose mucho. No es muy grave si sigue usted mis consejos, pero si se abandona le puede resultar fatal. Tiene el hígado muy fastidiado y eso le viene a usted de bastante tiempo, no cabe duda. ¿Cómo no ha venido antes a verme?

Sin esperar respuesta, meneando la cabeza, recetó unas pastillas y unas inyecciones, recomendando un riguroso régimen de comidas, con supresión absoluta de alcohol, grasas, salsas, dulces y - terminó con una sonrisa levemente compasiva - de cualquier cosa que resultara

agradable al paladar.

Doña Carmen salió de allí mustia y cariacontecida. Vanos fueron los ánimos que intentó darle Claudina. Se le había pasado el dolor y encontraba bastante duro el suprimir la carne de ternera que tanto le gustaba, la manteca tan succulenta que hacían ex-profeso para ella en la carnicería de la calle Barco, la cerveza tan deliciosa que diariamente le enviaban del bar "Las Angustias". Claudina trató de quitarle importancia a la cosa diciéndole que los médicos siempre exageran y que no se les puede hacer mucho caso.

Cuando salieron de allí fueron a la calle de Alcalá a sacar billete en la Renfe, pero la viuda del juez tenía tan escasas ganas del ajetreo del tren, que no sacó billetes para aquella noche, sino para el día siguiente al mediodía.

Cuando llegaron al hotel, doña Carmen se dejó caer en una butaca con un enorme fastidio. Claudina trató de animarla sin conseguirlo. Entonces su ama se acordó que ella aun no había tenido tiempo de ver a su hermana.

- Vete a verla, Claudina. Nos vamos mañana a mediodía y no es cosa de que pierdas esta ocasión. Ya no volveremos hasta dentro de un mes lo menos.

- No, mi señora, no quiero dejarla sola. Está usted muy ^{aburrida y...} ~~triste~~...

- Anda, mujer, vete. Sola también estaré más tranquila.

Ante esta razón, la doncella optó por marcharse. Cuando vió su soledad, doña Carmen cerró los ojos. La depresión y el aburrimiento la fastidiaban enormemente. Se levantó a mirar por la ventana. El día, desapacible, se había calmado, anunciándose un crepúsculo frío y sin color.

Sintió deseos de tomar algo que la entonara y llamó al timbre. Al cabo de cinco minutos llamaron a la puerta. Ella dijo adelante y un camarero, en vez de la camarera de por la mañana, se presentó con una bandeja en la mano.

- Buenas tardes - saludó con amabilidad - ¿qué desea la señora?

Doña Carmen había enrojecido, no tanto por la sorpresa de encontrarse un hombre en vez de una mujer, como por ver que era el mismo a quien ella había mirado con descaro en la cafetería y que se había sonreído al observarla. El la miraba imperturbable, como si no recordara nada. Era un hombre joven, de buena figura, ojos negros y vivos y muy correcto.

Doña Carmen balbuceó:

- Tráigame... tráigame... algo que me entone... no sé...

El camarero la miraba sin parpadear, aumentando su confusión. Al fin, sugirió:

- ¿Desea la señora un coñac, una copa de ron... ?

- Tráigame lo que le parezca, por favor - dijo ella, ya más dueña de sí misma.

El camarero tuvo una ligera sonrisa.

- Perfectamente, señora. Le traeré un coñac Imperial. Es una marca excelente.

Cerró la puerta tras sí. Transcurrieron otros cinco minutos. Doña Carmen ya no estaba fastidiada, estaba nerviosa. Se tocó el sitio donde le dolía de costumbre. No sintió nada.

- ¡Qué estúpida soy! - pensó - Un camarero en lugar de una camarera. ¿Qué tiene eso de particular? Parece un muchacho muy correcto. ¿Es que no es su obligación ser correcto? ¡Bah!

Pero esperaba con los nervios alterados, reprochándose interiormente su agitación. Casi sin darse cuenta se levantó, mirándose en el espejo del ropero. No se podía negar, tenía sesenta años aunque arreglada representaba unos menos, gracias a su figura erguida y ser bien proporcionada de carnes. Llamándose estúpida se volvió a sentar. Llamaron a la puerta.

- ¡Adelante! - la voz le sonó enérgica y llena.

Entró el camarero. Sobre la bandeja traía una botella y una copa panzuda de ~~crystal~~^{fino} cristal. Lo colocó todo sobre la mesa y sacando un

sacacorchos, procedió a destapar la botella. Se oyó un ligero !paf! e inesperadamente un ligero chorreón de líquido, trazando una curva anárquica, cayó sobre la mesa. Estuvo a punto de empapar a doña Carmen.

- !Oh, perdón! - exclamó presuroso el camarero, limpiando rápido la mesa - ¿La he manchado? !Qué torpe soy!

Ella se apresuró a excusarle.

- No, no ha llegado hasta mí, aunque poco ha faltado. Además, no tiene importancia.

- Es que... verá - explicó él, ya tranquilizado - No tengo demasiada práctica de esto.

- !Ah!

- Sí - sonrió ligeramente - llevo aquí en el oficio pocos días y la verdad...

Doña Carmen se aventuró a preguntar:

- !Ah! ¿Es que es usted nuevo?

- Sí, señora. Hace sólo una semana que soy camarero - Se encogió de hombros - Hay que ganarse la vida.

Entretanto, cogiendo la botella con sumo cuidado, iba llenando la copa.

- ¿Bien?

- Ya, ya... ya está bien - se apresuró ella, deteniéndole con un gesto.

- Y... y... ¿mucho trabajo?

■ Sí, señora, bastante - Tapaba la botella - No se para en todo el día. A esta hora, por lo menos, es cuando se respira un poco. Hasta que llega la cena. Pero lo que es por la mañana y al mediodía, hay que darse muchos paseos.

- Ya - Súbitamente se sentía interesada. Vaciló al hablar - Conozco poco la vida de hotel y... He venido ayer de Laverna, un pueblo de Ciudad Real y...

El se mantenía en una actitud respetuosa. Sostenía la servilleta en el brazo izquierdo y el sacacorchos en la mano derecha y aguarda-

ba a que doña Carmen terminara la palabra. Viendo que se interrumpía, añadió él con suavidad:

- La vida de hotel es interesante, no cabe duda, para el huésped con dinero. Puede disfrutar de comodidades, salir, entrar, yo la considero perfecta desde ese punto de vista.

- Sí, creo que sí - replicó ella, enrojeciendo un poco - Pero hay que conocer, hay que saber por donde se anda, si no...

Se azaró más aun. Se dió cuenta de repente de que el camarero con sus expresivos ojos, su barbilla decidida y su frente amplia emarcada de cabellos negros, le agradaba, sobre todo cuando sonreía.

El no pareció darse cuenta, sin embargo, de su turbación.

- Sí, claro, hay que conocer Madrid. Tener un guía, o amigos... Se interrumpió unos segundos, como reflexionando.

- Si usted me permite, señora, yo le podría indicar sitios. Museos, exposiciones, incluso salas de fiesta que podría ir a visitar con sus amigos. Claro que los museos y exposiciones han cerrado ya. Son las - consultó su reloj con un movimiento que a ella se le antojó el más elegante del mundo - siete y media y claro, sólo salas de fiesta o lugares nocturnos se pueden ver ya.

- Sí, es cierto - Doña Carmen luchaba consigo misma. Se había inclinado hacia adelante, muy interesada. Al mismo tiempo se le antojó que el camarero se burlaba sutilmente de todas las exposiciones y museos de la tierra. Había algo demasiado vivo en él - Claro. El caso es que con mi difunto marido ya visité Madrid en ese plan de turista que busca un cuadro de Zurbarán o la casita de Sorolla y... ¡y claro...!

- Sí, es natural, ya lo conoce usted y no le interesa. Pero, en fin, Madrid de noche tiene sitios muy interesantes. Kermeses, concursos, salas de fiesta muy agradables donde concurre toda clase de personal, entiéndame, personal escogido. En fin, hay sitios donde pasar unas horas de forma muy agradable. ¿No tiene usted amigos que...?

Se paró, aguardando una respuesta. Sus ojos la interrogaban amis-

tosos. Doña Carmen se agarró a aquel clavo. Una súbita oleada de sangre invadió todo su cuerpo. Sintió bullirle la sangre en las venas. Se inclinó más aún hacia adelante.

- Ese es el caso, amigo mío. Perdone que le llame así - dijo con sencillez - !Pero me entiende usted tan bien! No tengo amigos, ni conozco sitios adonde ir... Sólo una vieja criada que ha venido conmigo y que se ha ido a ver una parienta... He ido esta tarde a ver al médico y he salido de allí con un ánimo espantoso. Estaba tan deprimida... Más bien tan fastidiada y aburrida...

El camarero tuvo una amplia sonrisa. Sus blancos dientes relucieron en la penumbra del cuarto.

- Eso se arregla fácilmente. Si usted me lo permite, señora, yo podría ayudarla a conocer esos lugares. Los conozco bien. Naturalmente, tendría que ser tarde, después de cenar.

- !Oh, por favor! - suplicó ella - Quizá tenga usted algún compromiso y yo le voy a estropear...

- Nada en absoluto. Con el mayor placer la acompañaré.

- No sé como agradecer... Va usted a perder su tiempo libre con una vieja.

El hizo un gesto negativo, sonriendo ampliamente.

- !Por Dios, señora! En absoluto; para mí será un placer. Pensaba también pasarlo aburrido. Y además, usted es sencillamente una muchacha mayor que desea conocer algunos lugares nocturnos de Madrid y yo soy simplemente un explorador de psicología femenina.

- ¿Cómo?

El se echó a reír.

- Sí ¿por qué no? Usted es para mí un motivo de gran interés. Me agrada. Pienso escribir algún día mis memorias de camarero de hotel y usted podría iniciar mi galería de retratos.

- !Oh, qué interesante! - Doña Carmen abría unos ojos tamaños, mostrándose encantada - ¿Escribe usted?

- Hasta ahora a mis amigos. De ahora en adelante de mis amigos.

Al decir esto, se inclinó con una ligera reverencia, donde había un leve matiz de ironía.

- Dentro de un rato - dijo - puede usted bajar a cenar. Luego suba. Yo vendré a buscarla.

- De acuerdo. ¿Cuál es su nombre?

- Marcelo.

- Yo me llamo doña Carmen. Pero para los amigos suprimo el doña.

- Pues, en ese caso... Hasta luego, Carmen.

- Buenas noches, Marcelo. Y muchas gracias por todo.

- - - - -

La ceremonia fué breve y sencilla. Se celebró en la parroquia de Santa Cruz, una iglesuca pequeña, pero bien acondicionada, de la calle de Atocha. Asistieron de testigos dos camareros del hotel, amigos del novio, y por parte de doña Carmen firmaron don Juan, el médico, y don Teódulo, el juez, venidos del pueblo expresamente para ello. Luego, la pareja marchó directamente al hotel, donde la desposada tenía preparadas las maletas para el viaje a Laverna.

Todo había sido tan vertiginoso en su pacífica vida, que sólo cuando en el taxi se dirigían al hotel, pudo recapacitar un poco sobre los últimos hechos. Marcelo, a su lado, miraba curiosamente por la ventanilla, haciendo de vez en cuando una observación, a la que ella se limitaba a responder con monosílabos.

Aquella noche en que se conocieron habían salido juntos, yendo a un par de salas de fiesta donde lo habían pasado formidablemente. Doña Carmen, sobre todo, con la novedad, había gozado lo indecible. No había bebido demasiado - por su hígado - pero sí había bailado de lo lindo. Al principio bastante tímida a causa de la violencia al hallarse en compañía de un hombre joven dedicado a ella y en aquel inopinado ambiente. Pero después, fijándose a su alrededor,

vió a una señora de su misma edad que bailaba con un pollo de veintitantos años, mientras ambos reían a carcajadas. Aquello la animó y dejándose llevar por Marcelo, buen bailarín, consumieron buen número de piezas. De cuando en cuando iban al mostrador y Marcelo, que conocía bien al barman - lo tuteaba, llamándole por su nombre -, le pedía dos copas de coñac y quieras que no, se veía ella obligada a tomarla y a brindar con él por el éxito de la noche que estaban pasando. Así, con cuatro o cinco copas, que eran para ella una enormidad, se mantuvo bien animada toda la noche. En la otra sala, donde estuvieron hasta las cuatro, se celebraba un baile de globos, serpentinas y gorritas de papel y doña Carmen, ya disparada, fué una de las que más rompieron, animada a gritos por Marcelo.

Cuando se acostó, bastante mareada, no recordaba haber pasado nunca una noche tan feliz. Al día siguiente fué Marcelo a despedirla a la estación, con gran sorpresa de Claudina, que no acertaba a comprender dónde había estado su señora hasta tan tarde la noche pasada ni de dónde había salido aquel hombre tan galante con su ama. Esta se limitó a decirle que estaba realizando una cura de noche que le habían aconsejado y que realmente le iba de maravilla.

Al cabo de quince días de estar en Laverna, ya doña Carmen, entre los blancos y negros de las fichas de dominó, veía salas de diversión con serpentinas, globos de colores y gente alegre que se le acercaba amablemente para ofrecerle copas de champán y dulces de frutas, que tanto le gustaban. No pudiendo resistir aquellas visiones que la traían nerviosa y desasosegada, se decidió a venir de nuevo a consultar a don Eduardo, pero esta vez sola. A Claudina le dió un pretexto tan inverosímil para hacerla quedar que la pobre mujer, a pesar de su buena voluntad, no pudo tragárselo.

Ya en el hotel, con algo de timidez a pesar de su audacia, se dirigió a la cafetería--bar, donde estaba él despachando al mostrador. La acogió tan amablemente, con tanta alegría, que ella se atrevió a insinuarle una nueva salida. El aceptó encantado y convinieron

en verse en un bar cercano, pasadas las diez de la noche. La primavera estaba empezando y abrigándose un poco, la temperatura resultaba bastante agradable. Doña Carmen sólo tuvo que esperar un minuto, al cabo del cual llegó Marcelo, ya vestido de calle. Como en aquella ocasión, según le confesó, padecía una ligera crisis de dinero, únicamente podrían ir a una sala más modesta, que aunque no resultara tan atractiva como "La bella sorpresa", podría servir para pasar un rato estupendo. Ella, por toda respuesta, con mucha delicadeza le introdujo unos billetes en el bolsillo de la americana. Marcelo protestó, pero al cabo de un momento marchaban en un taxi en dirección a "La bella sorpresa".

Aquella noche era de efemérides. Se celebraba allí el santo del dueño y la entrada era por rigurosa invitación, estando cerrada la taquilla. Pero Marcelo no se paraba en barras. Haciendo que ella le esperara fuera, se introdujo por la escalera de servicio, volviendo enseguida con un par de invitaciones. En el guardarropa les facilitaron un par de antifaces y enseguida pasaron al salón que se encontraba de bote en bote, todo gente enmascarada. La sala estaba plena de farolillos de colores, globos, grandes macetas en los rincones y una magnífica orquesta que no cesaba de tocar pieza tras pieza, amén de un buffet espléndidamente surtido. Ella lo encontraba todo asombroso.

Estuvieron allí hasta las cinco de la mañana, en que doña Carmen, rendida pero feliz, quiso volver al hotel. No había bebido casi nada, a pesar de la insistencia de Marcelo, que decía que unas copas lo ponían todo de color de rosa. Era un mozo que al parecer dominaba todos los secretos de la diversión, pues a la noche siguiente - nuevamente financiada por doña Carmen - estuvieron en "El Paraíso del Amor", una sala de atracciones de la calle San Cosme, donde se celebró un pugilato de belleza entre la elegida reina del barrio en oposición con la elegida de los demás de Madrid. Aquella noche la viuda del juez se animó demasiado, volviendo al hotel a las siete de la mañana, ambos bastante mareados.

Al día siguiente, un dolor bastante fuerte en el lado la hizo recordar el hígado y los trotes que le daba. Hizo las maletas y despidiéndose brevemente de Marcelo, que no pudo acompañarla por encontrarse de servicio, se marchó a su recoleta provincia. El dolor no la desapareció en todo el camino y al llegar a su casa, hubo de meterse en cama. Don Juan fué a verla, recetándole una dieta rigurosa y prohibiéndole hacer más visitas a ese "medicucho madrileño que sólo sabe matar enfermos".

Pero al cabo de dos días, doña Carmen, aunque con cierto mal color, se encontraba como nueva y la partida diaria de dominó se le antojaba un suplicio. Volvió de nuevo a la capital.

Esta vez con Marcelo se limitó a pasear, a charlar. Tenía ansias de conocerlo a fondo. La historia de ella fué contada en cuatro palabras. La de él no fué tan sencilla. Era hijo de un armador de buques gallego que se había arruinado debido a reveses de fortuna y a pésima administración de sus comprometidos caudales. Dos barcos le fueron embargados, quedando la numerosa familia amenazada también de irse a pique. El expediente familiar se presentaba bastante duro. El padre, buen conocedor del régimen interior de barcos, al cabo de unos meses logró hacerse administrador de un ricacho podrido de pesetas que quería dedicarse a armador, no escarmentado con el ejemplo de Dueñas. Así, a trancas y barrancas, pudo la familia salir adelante. Pero Marcelo, entonces estudiante de aeronáutica, viéndose obligado a pasar estrecheces por el buen tren de vida que antes se llevaba en la casa, cogió un día los bártulos y se vino a Madrid. En la capital y por recomendación de su padre, ingresó en una compañía de seguros. Pero cuando llevaba unos meses ganándolo bien, ciertas irregularidades en la administración de la empresa, hicieron renovar enteramente el personal, saliendo también Marcelo. Desde entonces, la vida se le desarrolló a salto de mata. Vivió principalmente de comisiones en la compra-venta de coches, metiéndose de paso en el contrabando de accesorios. Aquello le proporcionó dinero para aguantar las ma-

Las rachas. Estas no tardaron en llegar. Una delación de uno de los medidos en el fregado, que a tofa costa quería dar salida a la mercancía que se le había acumulado, echó abajo todo el tinglado del negocio. Debería transcurrir algún tiempo antes de poder reanudarse. Entretanto, valiéndose de las amistades contraídas en sus andanzas, se dedicó a la camaradería, como él la llamaba, metiéndose en aquel hotel a esperar una oportunidad.

Todo esto lo vino a sacar ella a retazos, pues Marcelo jamás hablaba una conversación seria sobre el terreno, limitándose sólo a dejar entrever muchas cosas. Ella vivía en un perpetuo asombro ante el descubrimiento de hechos que le resultaban como nacidos en otro planeta. Para doña Carmen, ni la fecunda imaginación de don Teódulo, el juez de Laverna, habría enseñado jamás cosas semejantes. Marcelo, por el contrario, decía que eran cosas bastante vulgares.

Ella veía que a medida que pasaba el tiempo, él tenía más confianza. Habían llegado hacía tiempo al tuteo, quizá a la segunda noche de salir juntos. Ni que decir tiene que le era atrocamente simpático. De sus años en La Coruña, de las vicisitudes en la compañía de seguros, de los incidentes rosas en el contrabando de accesorios, tenía multitud de historietas que contar.

Y todo brotó de la manera más sencilla del mundo. Una noche venían en taxi de una de sus correrías. Marcelo, bastante bebido, yacía derrumbado en el fondo del coche. Ella, sentada en el borde, estaba bastante serena.

El intentó incorporarse. Sus manos resbalaron por el dorso de la portezuela sin encontrar un asidero. Ella le ayudó a sentarse, agarrándole por la espalda. El la miró con los ojos semicerrados, mientras nuevamente se dejaba caer.

- ¡Qué gran chica eres, Carmen! - su lengua era bastante torpe. Ella le escrutó con curiosidad.

- Sí, ya lo creo - insistió él, queriendo cogerle una mano sin

acertar - Mejor que ninguna, ideal. Por mí me casaba contigo, me eres bárbaramente simpática. No lo puedo remediar.

Ella le volvió a mirar con los ojos muy abiertos. Frunció repentinamente el ceño. Sacudiéndole, dijo:

- Marcelo, estás muy borracho.

- Sí, lo estoy, tienes razón... Pero tú eres muy simpática... y una gran chica... Lo hemos pasado bien ¿no?

E intentó agarrarla por el talle. Ella se retiró con brusquedad hacia adelante. Estaba terriblemente nerviosa.

- Bueno, mujer, no te pongas así, te lo digo en serio. Hay en el mundo muchachitas muy jóvenes y perfectamente idiotas. Lo que yo necesito es una mujer como tú, una mujer de peso que sepa ya lo que es la vida.

Se echó a reír, recostándose pacíficamente y cerrando los ojos. Doña Carmen había quedado pensativa. Luego, al llegar al hotel, Marcelo abrió los ojos y salió del taxi con paso bastante firme, mientras ella pagaba.

Más tarde confesó que efectivamente había exagerado la borrachera para poder decir aquello. Al día siguiente no apareció por el hotel. Se había marchado muy temprano en unión de un par de maletas. Era, por lo visto, lo que ella necesitaba. En vez de marchar a Laverna aquella tarde, como tenía pensado, le aguardó cuatro días. Al cabo de ellos recibió una llamada telefónica citándola en una cafetería de la calle de la Montera. Doña Carmen llegó allí a la hora prevista, encontrándoselo correctamente vestido de negro. Su madre había muerto y él había marchado con urgencia a La Coruña a asistir a los funerales y a resolver ciertos asuntos. Imposible ponerle una nota antes de marcharse.

- Ahora tendré que volver allá. He hablado largo y tendido con mi padre. Está muy viejo y yo me haré cargo de su puesto. La muerte de mi madre ha sido un golpe muy duro.

- Pero eso es imposible - replicó ella, impulsiva - ¿Cómo te vas

a ir a vivir a aquel poblacho?

- No es ningún poblacho - sonrió él - Es una de las ciudades mejores de España. Además, no queda otra solución. Tengo tres hermanos más pequeños que yo, bastante más pequeños. Ya te puedes suponer el plan de casa - añadió, bajando la cabeza.

Doña Carmen se recostó sobre su sillón. Estaban en un lugar discreto y en la sala había escasa gente.

- Eso no puede ser, Marcelo - dijo muy seria.

El meneó la cabeza, encogiéndose de hombros.

-!Pscht! !Qué remedio!

- Hay que buscar alguna solución.

- Ya está buscada y encontrada.

- Marcharte ¿no? !Y pudrirte en La Coruña! !Yo sé lo que es la provincia! !Ni hablar! Eso no es solución.

Doña Carmen estaba desconocida. Se encontraba firme y lúcida. Con manifiesta decisión puso una mano sobre el brazo de Marcelo. El, con la cara cansada e indiferente, miraba a través de la venta el hormigueo de la calle.

- Marcelo - No sabía como seguir. Se mordió los labios - Busca alguna solución. Existe...

- ¿Cuál? - dijo él tranquilo, pero sin mirarla - ¿Ir a los concursos de radio, robar, casarme con una mujer rica?

Ella le miró con simpatía, sonriendo.

- Ensaya cualquiera de ellas ¿por qué no?

El entonces la miró, con una hosca mirada pensativa. Su mandíbula se cuadró. Habló entonces con la boca muy abierta, tan despacio que parecía mascar las palabras.

- Carmen ¿quieres casarte conmigo? Calla, no me respondas aun, escúchame. No te quiero como se puede o se debe querer a una mujer. Pero te tengo una gran simpatía. Y además soy un granuja, un sinver-

güenza desde los zapatos hasta el pelo. Te tengo simpatía y necesito tu dinero. Sólo te puedo ofrecer eso. Además, estoy en una crisis de sinceridad.

Calló, esperando su respuesta. Ella cerró los ojos, reflexionando y apretándose las manos.

- En mi vida he tomado muy pocas decisiones importantes. Prefería dejárselo a los demás, pero ahora creo que es necesario. Para bien o para mal, acepto.

La bendición fué muy larga para los dos. No se sentían compenetrados con lo que decía el sacerdote. Para él resultaban cosas inéditas y a ella, hacía tanto tiempo que las había escuchado, que ya le parecían extrañas.

Al llegar al hotel, él vió las maletas preparadas en la habitación.

- ¿Qué es esto? - preguntó con asombro. ¿Es que aquí no celebramos nada? ¿Es que no vienen esos amigos tuyos y algunos nuestros a pasarlo en grande?

Ella le puso una mano en el brazo.

- No, Marcelo, no. Ahora es necesario partir. Yo soy una vieja. Ir de clubs está bien para una noche o dos. Después, ya pasa de la raya... Viviremos en Madrid, pero antes tienes que venir al pueblo. Es lo natural, lo obligado... ¿No te parece?

El se echó a reír. Reía mientras abría las maletas e iba sacando la ropa y tirándola sobre la cama. Ella le miraba con asombro. Marcelo cogió una sutil combinación de nylon y haciendo una pelota con ella, la disparó al techo. Luego, siempre con la risa en los labios, se fué hacia la puerta.

- Anda, deja todo eso. ¿Qué te has creído? La vida hay que vivirla centuplicada desde ahora. Vámonos a celebrar la boda con nuestros amigos. Esta noche en "El Mesón de la Alegría" hay un concurso maravilloso y tú y yo lo vamos a pasar en grande.

- Pero...

- No hay pero que valga, vamos a correrla. Con ese traje estás de buten.

- Sabes que mi hígado...

- ¡Al diablo el hígado! ¿Te has puesto alguna vez mala yendo conmigo?

- Pero luego resulta...

Doña Carmen sonreía. La perspectiva de una buena noche en compañía de Marcelo le pareció maravillosa. Para ellos no era noche de bodas, pero sí noche de alegría.

No fueron al pueblo. Cada día fué distinto para la ex-viuda del juez. Descubrió - cosa que antes no había inexplicablemente realizado - que su marido tenía amistades muy divertidas, chicos y chicas que enseguida la tuteaban y que no tenían reparos en tratarla como si fueran de la misma edad. Ella rápidamente sintonizó con aquel ambiente. Salían en pandilla, constituyendo la máxima atracción en las verbenas que ya se iniciaban con la primavera. Poco a poco se acostumbró a beber y rara era la noche en que no salían los dos bastante mareados de los sitios de diversión. Llevaba un mes en Madrid y no se había preocupado siquiera de avisar a Claudina, que volvió al pueblo nada más celebrada la boda de su señora a fin de preparar la casa para la instalación del nuevo matrimonio.

Al cabo de ese tiempo, la pobre criada, tremendamente preocupada al no tener noticias, se personó en el hotel, acompañada de don José, el cura, don Juan el médico y don Teódulo el juez, los antiguos contertulios de la casa.

El matrimonio se encontraba fuera y a ellos les hicieron pasar al salón de recibo del hotel. Mientras esperaban, tras breve consulta entre los cuatro, cada uno, como la cosa más natural del mundo, se enfocó en una dirección distinta. Quien se quedó en la sala ^{observando} quien muy majestuosamente se puso a hablar con el conserje, quien subió al primer piso y sobornó a una camarera, quien llamó al betunero del hotel y comentó asiduamente la clientela, mientras le limpiaba un

par de veces los zapatos y le ponía tacón y cordones... Tras estos tejemanejes, se volvieron a reunir en la sala a celebrar un largo conciliábulo.

A la llegada de doña Carmen, que venía sola, los cuatro conspiradores hicieron irrupción en el cuarto detrás de ella, sorprendiéndola.

- Buenas tardes, doña Carmen - saludaron a dúo los tres amigos. Claudina, impulsiva, se acercó a ella.

- ¿Cómo está usted, mi señora? La veo muy pálida, con mal color.

La señora arrugó el entrecejo al ver a los tres laverneses de punta en blanco y a su doncella con la cara alarmada. Pero poco a poco comenzó a sonreír abiertamente, tendiéndola las manos para que las estrecharan, abrazando de paso a Claudina.

- ¡Queridos amigos, qué sorpresa! ¿Cómo por aquí? ¡Adelante! Acomodarse donde quieran. ¿Qué tal por el pueblo?

Sin decir palabra, don José se sentó en una mecedora. Don Juan y don Teódulo, algo rígidos en sus ternos oscuros de anticuado corte, se sentaron en el sofá. La criada, indecisa, permanecía de pie a su lado.

- Ven, Claudina, siéntate, mujer. Aquí a mi lado - mandó doña Carmen, haciéndola sentar en una butaca junto a la que ella se acomodó.

Don Teódulo, tras carraspear un poco, rompió a hablar. Se veía que lo traía ensayado.

- Doña Carmen, después de su boda la esperábamos en Laverna, como usted nos prometió. Naturalmente, usted es mayor de edad y sabe lo que se hace. Nosotros, validos de la larga amistad que nos une hace tanto tiempo, nos hemos permitido hacer un extraordinario y...

- ¡Pero si es una visita muy agradable, amigos míos! - exclamó ella, algo asombrada ante el exordio del juez- ¡Si es estupendo venir de vez en cuando a la capital! Ya verán lo que nos divertimos todos esta noche. Precisamente Marcelo ha ido a ver unos amigos para concer-

tar el programa para esta noche. !Va a ser algo formidable! !Ya verán, ya verán... !

Quedó algo cortada al contemplar las serias caras que la rodeaban. La cara de Claudina, ya la conocía, era la de sus días negros. Fruncido el ceño y la boca muy cerrada, como si temiera que le fuesen a robar la lengua. La cara del juez era la que usaba en los juicios cuando cumplía el penoso deber de dar una sentencia adversa a un reo, pero que no excluía cierta satisfacción interna. La pesadumbre que registraba el rostro de don Juan era la misma que ponía cuando comunicaba el desahucio de un enfermo a la familia. Sólo don José mostraba una cara intrigada.

Tras un corto silencio, que hizo la situación más violenta, habló don Juan con voz tímida, que trató de hacer respetable:

-Doña Carmen, permítame usted decirle, nos hemos informado de la clase de vida que hace y... francamente, yo, como médico, me veo precisado a advertirle que si sigue por ese camino su hígado empeorará de tal modo que no sé la solución que...

- Doña Carmen - interrumpió don Teódulo callando con su voz gruesa la indecisa de don Juan - Al principio de sus venidas a Madrid nos extrañó sobremanera el cambio que se operaba en usted, en la parte moral se entiende. Quiero decir la veíamos más movida, más distraída y lo achacábamos a que se encontraba usted en franca vía de curación y como la persona sana ya va viendo con otros ojos la vida, nos pareció todo muy natural. Pero cuando recibimos la noticia de que se casaba usted, la verdad, nos preguntamos quién sería él. Sin quitar a usted los positivos méritos que la adornan ni mucho menos, nos temimos que algún, - ¿cómo diría? - algún caballero excesivamente listo hubiera aprovechado circunstancias favorables en el desarrollo de una amistad incipiente y hubiera puesto sus ojos en su fortuna de usted. Como ya le digo, aquí en Madrid, tuvo que ser tan rápida nuestra venida a fin de poder asistir a su unión, que no pudimos, debido a la brevedad de nuestra es-

tancia, tomar informes sobre su prometido. Me apresuro a decirle que no tratamos de inmiscuirnos en sus asuntos y sí sólo de aclarar las cosas, movidos por nuestro interés hacia usted. Le ruego vea en ello la preocupación natural de unos amigos que desean ante todo su bien, y que en manera alguna tratan de dificultar una comprensión que pueda existir entre su marido y usted. Pues bien, como le decía, de los informes que hemos posteriormente conseguido y los que han resultado de nuestras discretísimas indagaciones en el hotel, se deduce que la vida a que la ha arrastrado su marido es tan contraria a la curación de su enfermedad que ha hecho arraigar en nosotros la vivísima sospecha de que el propósito suyo al pedirla en matrimonio es deshacerse de usted lo más pronto posible y...

- Ese hombre es un sinvergüenza y un asesino, mi señora - exclamó airada Claudina, que hasta ahora se había contenido difícilmente - ¡Quiere acabar con usted! Ya se ve. Nos hemos enterado de pe a pa de la vida que la obliga a hacer. Y usted, naturalmente, en la higuera. ¡Es un granuja, un asesino y un sinvergüenza!

Doña Carmen, que había escuchado el principio del largo párrafo con cierta sorpresa, se había dejado caer hacia atrás mientras don Teódulo seguía hablando. Sus ojos azules reflejaban cierta burla mezclada con cierto afecto. Cuando la explosión de Claudina terminó, ella se dejó caer hacia atrás lanzando una franca carcajada.

- Pero, ¡amigos míos! - repuso aun entre risas - ¿qué es esto? ¿Un juicio? ¿Habéis venido aquí a decirme lo que yo sé?

Todos la miraron con enorme asombro. Sólo don José la miraba grave desde la mecedora, cruzadas las manos sobre el escuálido cuerpo. En sus ojos brillaba un atisbo de comprensión.

Ella se puso en pie. Su cara se puso seria. Sus ojos brillaban. Sus hombros se igitieron y su boca tuvo un gesto de desafío.

- Sí, todo eso es cierto. Un hombre joven que se ha casado con una mujer vieja. Por simpatía y por dinero. Y una mujer vieja que se

ha casado con un hombre joven por simpatía y porque jamás, jamás, ¿lo habéis oído? jamás en su vida estúpida vivida en el fondo de una estúpida provincia, había saboreado lo que es la Felicidad. ¿Sabéis vosotros lo que es la Felicidad, amigos míos? Yo la he conocido ahora, cuando vivo al lado de un hombre que es un perfecto sinvergüenza que lo que quiere es acabar pronto conmigo, pero con el que en dos meses he vivido la felicidad que no había conocido en sesenta años. Sé que desde que me conoció estuvo representando una comedia para cazar a una vieja con dinero, y a pesar de eso no le guardo rencor. El es como un animal joven que caza su presa donde la encuentra. El ama la vida y quiere saborearla a grandes tragos. Es tan ardiente y vital que no se le puede reprochar ser como es. Si no fuera así, resultaría terriblemente odioso. Además, ¿qué le puedo pedir? ¿No sería estúpido pretender amor y juventud? Yo me contento con respirar el aire que él respira, con vivir a chorros la vitalidad que le sobra. Yo estaba muerta en vida y él me ha resucitado dándome una intensa felicidad. Lo ha hecho para matarme, pero ¿qué importa? Me ha hecho vivir! Mi corazón se había secado y él me lo ha fundido con la alegría de su juventud y con la alegría de la vida, aunque ya haya resultado demasiado tarde. De vez en cuando tengo terribles dolores que le oculto. Sé que no duraré arriba de tres meses. Pero ahora en estos meses locos y espléndidos, vivo mi propia resurrección, mi vida intensa y plena lejos de la monotonía, la insulsez y la vulgaridad de mi vida anterior. El me ha dado la única felicidad que he disfrutado en toda mi vida y el día en que me muera lo bendeciré desde el fondo de mi corazón, porque aunque él no lo **sabe** ni nunca lo sabrá, yo lo quiero con toda mi alma...

- - - - -

Madrid, Octubre 1958